

CANCION PARA LA EXTRAÑA FLOR

La danza, expresión definida como la poesía del movimiento, ha tenido felices resultados de sus encuentros con la poesía escrita. Théophile Gautier imaginó la historia de *Giselle* leyendo a Heinrich Heine. Un poema narrativo de Lord Byron inspiró *El corsario*; ya en nuestro siglo, Jean Louis Vaudoyer concibió *El espectro de la rosa* luego de leer a Gautier. A través de la historia de la danza, los ejemplos proliferan, y el ballet cubano no ha sido una excepción: *Forma* (José Lezama Lima), *Versos y bailes* y *Nuestra América* (José Martí), *Sóngoro cosongo* y *El güije* (Nicolás Guillén), *Yagruma* (Rubén Martínez Villena), son algunos ejemplos.

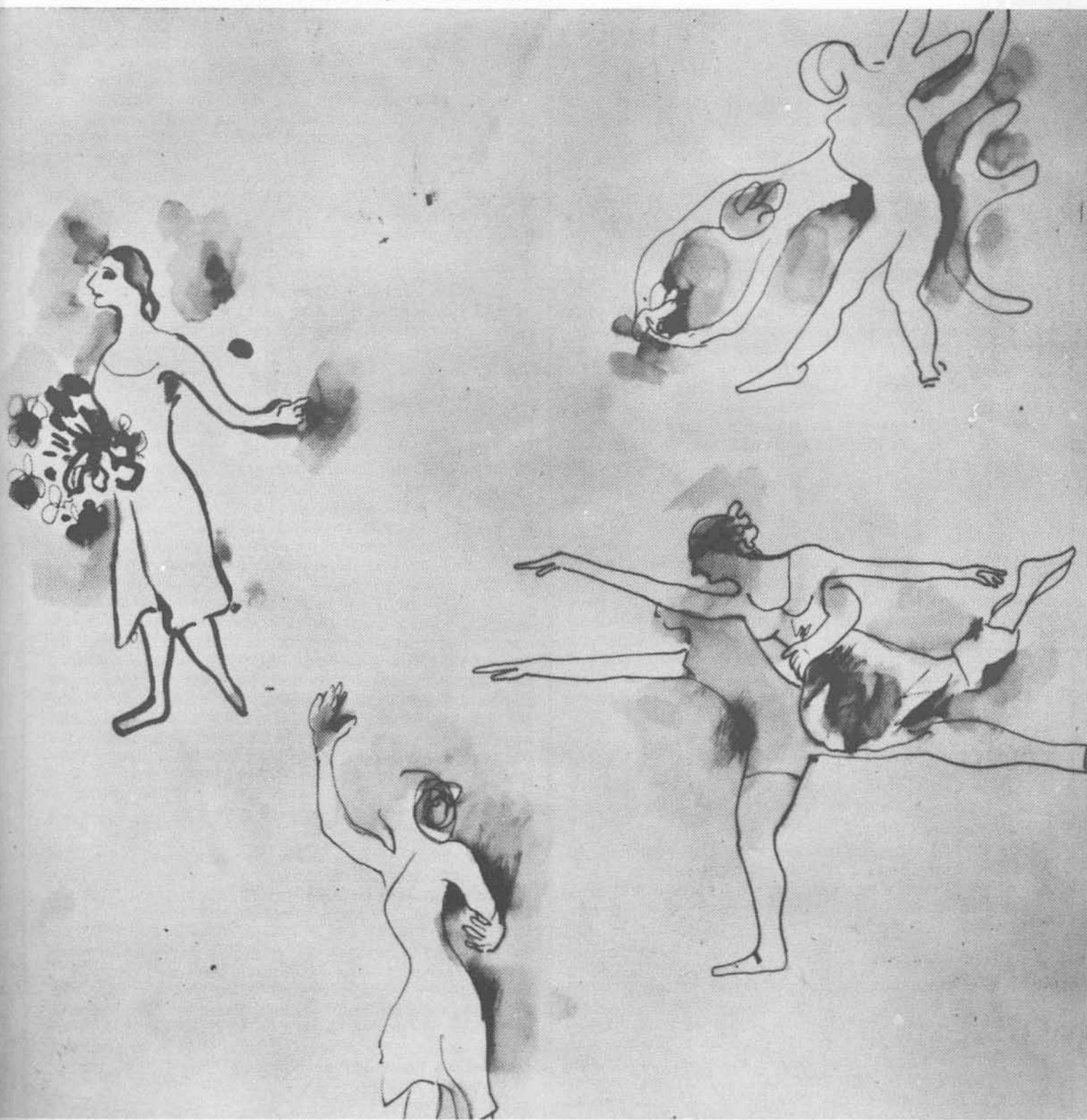
El pasado 28 de mayo, en el teatro García Lorca de La Habana, se produjo una nueva y afortunada experiencia con el estreno de *Canción para la extraña flor*, coreografía de Alberto Méndez inspirada en un poema homónimo de la destacada poetisa cubana Fina García Marruz. La obra utilizó dos estudios para piano (Opus 8, número 1 y 12) del compositor Alexander Scriabin, y fue estrenada precisamente en homenaje a ese notable músico ruso, en el 105 aniversario de su natalicio. *Canción para la extraña flor* forma parte, además, de los estrenos programados por el Ballet Nacional de Cuba para saludar el LX Aniversario de

la Revolución de Octubre, y tuvo como intérpretes a Alicia Alonso y Jorge Esquivel, con el acompañamiento del laureado pianista soviético Valeri Kamishóv. Los diseños fueron creados por Salvador Fernández.

Luego de su estreno en Cuba, *Canción para la extraña flor* fue la obra con que participaron Alicia Alonso y Jorge Esquivel en el Spoleto Festival U.S.A. 1977, celebrado en Charleston, Carolina del Sur, evento dirigido por Gian Carlo Menotti. La obra cerró las dos presentaciones de la Gala Scriabin, que tuvo lugar en el Gaillard Municipal Auditorium de la mencionada ciudad norteamericana, el 4 de junio del corriente. La Gala Scriabin fue uno de los acontecimientos de mayor relieve dentro del Spoleto Festival U.S.A. 1977, y contó con las premieres mundiales de coreografías de George Balanchín, Glen Tetley, Anna Sokolov, Lar Lubovitch y Robert North, y reposiciones de obras de Isadora Duncan, Ted Shawn y Ninette de Valois. Además de Alicia Alonso y Jorge Esquivel, la Gala Scriabin contó con intérpretes como Carla Fracci, Patricia Mc Bride, Jean-Pierre Bonnefous, Maina Gielgud, Annabelle Gamson, Martine van Hamel, Dennis Wayne, Lynn Seymour, Charles Ward y Robert North, entre otros. La parte musical estuvo a cargo del pianista Boris Block.

*... Lejana es tu presencia como el cuerpo de la nieve.
He aquí que estás entre mis dedos prestándoles una suerte de atenta delicadeza,
he aquí que te toco y siento esa velada distancia que no podremos nunca atravesar
y en la que toda angustia se ha sosegado en una forma tan sencilla,
he aquí que estás frente a mis ojos y sin embargo, tan misteriosamente fuera de
la vida.
Ah, explica a qué has venido a tornarte mortal en la fugaz mansión de esta mirada
mendicante,
breve es mi vida, extraña, extraña flor, breve es mi vida junto a tu forma que
sólo solicita una hora necesaria,
que sólo habita el espacio que puede llenar de gloria real y de sentido...*

Fina García Marruz



Owen Hardy. SUNDAY, THE NEWS AND COURIER. Charleston, 5 de junio, 1977.

BAILARINES CREAN AURA PARA UNA ESTRELLA

... Entonces Alicia Alonso apareció. ¿Qué tiene ella que la hace tan extraordinaria? ¿Qué hizo ella diferente de lo que ejecutaron los demás bailarines, todos estrellas por derecho propio? Nada de lo que hizo el sábado por la tarde pareció particularmente espectacular. Sin embargo, en el momento en que el seguidor iluminó su figura, una innegable aura de grandeza cayó sobre el auditorio.

Bailando un fragmento de Scriabin (*Canción para la extraña flor*), la Alonso floreció detrás de su compañero Jorge Esquivel; primero su mano, después todo su cuerpo brotó de la figura masiva de Esquivel, floreciendo de una rosa... Yo, como el resto de la audiencia, me levanté en una lluvia de aplausos y bravos, que debe haber durado cinco minutos. El baile de la Alonso, coreografiado por Alberto Méndez, constituyó una de las seis premieres mundiales de la Gala Scriabin, pero fue la magia creada por la Alonso lo que convirtió este concierto en uno de los más excitantes del Festival Spoleto, USA.

Robert T. Jones. SUNDAY, THE NEWS AND COURIER. Charleston, 5 de junio, 1977.

... Entre los artistas increíbles que estuvieron en la Gala Scriabin, recordaré largamente a: Annabelle Gamson como la madre; Maina Gielgud como un pavo real desplegando sus plumas; Lynn Seymour y Robert North como una pareja comenzando un romance; Jorge Esquivel ejecutando un paso en el aire que me quitó el aliento y arrancó un grito de la audiencia; y la legendaria y siempre maravillosa Alicia Alonso, a la que yo simplemente no puedo describir.

Fue una inolvidable y electrizante experiencia, que uno lamenta haya terminado.

William W. Starr. THE STATE CAROLINA, Columbia S. C., 5 de junio, 1977

"Ballerina y Partenaire electrizan a balletomanos en Spoleto." Una de las más grandes bailarinas del mundo, Alicia Alonso y su compañero Jorge Esquivel, deslumbraron Charleston de manera absoluta el sábado. Dueños de una increíble fluidez y exquisitez en sus movimientos, los dos bailarines fueron la luz más alta en un día en que la música de Alexander Scriabin llenó toda la ciudad. Fue el penúltimo día del primer Festival de Spoleto celebrado en los Estados Unidos, y en él se produjo lo que fue, probablemente, el momento más electrizante en los doce días que duró el Festival. Esa ocasión llegó con el número que cerraba el programa de la gala dedicada a Scriabin, en el Gaillard Auditorium de Charleston. Un programa que antes había traído a la escena un despliegue de talento danzario pocas veces —si alguna vez se dio— presentado en un solo lugar y por una sola vez. Pero la producción final es lo que será recordado por más

tiempo: el pas de deux en que figuraban Alonso y Esquivel. Aunque breve (la actuación no duró más de cinco minutos), su baile fue el momento más exitante que he vivido en mi relativamente limitada experiencia sobre el ballet. La gracia corporal se mostraba claramente definida y las líneas con formas levemente sensuales. Con una marcada elasticidad, su baile estuvo en el tope de la fuerza poética y la gloria artística. Fue la premier mundial de *Canción para la extraña flor*, coreografía de Alberto Méndez para la música de Scriabin. El público, que llenaba el Auditorium para la matinée, saltó sobre sus pies y se desbordó en un rugido de aprobación que generó saludos por parte de los dos bailarines por casi seis minutos. Una pareja de jóvenes, como mínimo, salió corriendo del Auditorium dirigiéndose hacia donde vendían las entradas, con el fin de comprar tickets para la función de la noche y así ver nuevamente a la Alonso. Por mi parte, estoy de acuerdo con ellos.

Claire McPhail. CHARLESTON EVENING POST, 6 de junio, 1977

Seis estrenos coreográficos mundiales, de algunos de los mejores coreógrafos de nuestro tiempo: George Balanchin, Lar Lubovich, Ana Sokolw, Robert North, Frederick Asthon, Glen Tetley y Alberto Méndez (...). El director Wishy escogió un final fuerte, en las personas de Alicia Alonso y Jorge Esquivel, quienes bailaron el estreno mundial de la coreografía de Alberto Méndez *Canción para la extraña flor*. El baile tomó vida en una forma casi milagrosa. Alonso fue la personificación de la belleza y la elocuencia. Esquivel constituyó un compañero extremadamente talentoso, y no solamente la trató como a una delicada flor, sino que además ejecutó el virtuosismo del buen ballet con una facilidad y forma que asombraron. Las posiciones, extensiones, saltos y otros recursos expresivos para embellecer el baile, demostrados por los dos miembros del Ballet Nacional de Cuba, significaron una muy sólida expresión de baile. Bravos y aplausos sostenidos exigieron a los bailarines muchos saludos.

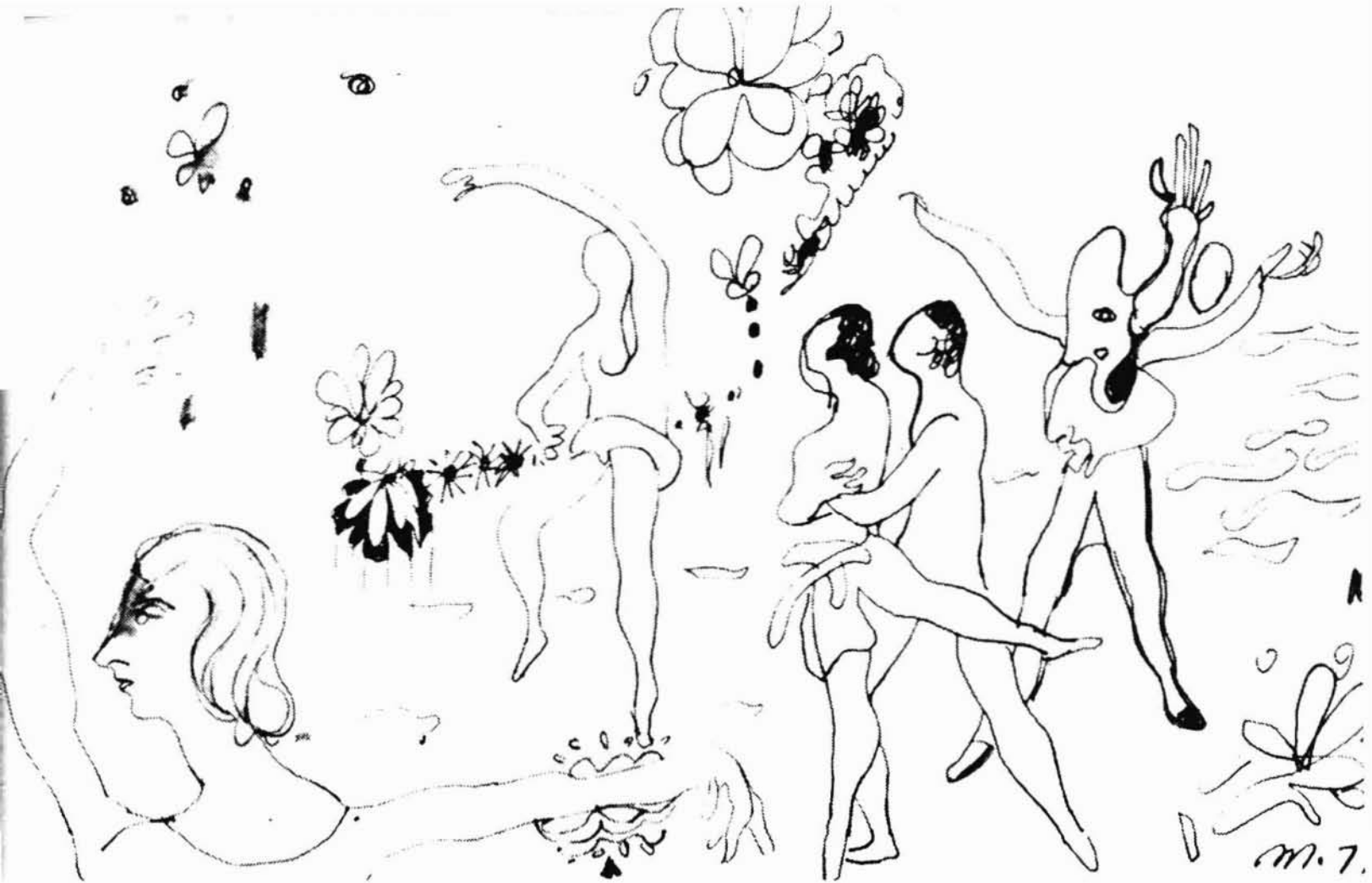
Clive Barnes. THE NEW YORK TIMES. Nueva York, 6 de junio, 1977.

El gran final, y esto fue algo emocionalmente diferente, llegó con Alicia Alonso y su compañero Jorge Esquivel, quienes bailaron un dúo de Alberto Méndez: *Canción para la extraña flor*.

En extremo expresiva, la orgánica coreografía parecía ser casi más materia esculpida que danzable, y la Alonso, en particular, estuvo insuperable. Ella recibió, en ambas representaciones, como era de esperarse, por derecho propio, una estruendosa ovación. Pero ¿quién puede permanecer sentado ante la majestuosidad de sus llamadas de cortina?

CHICAGO DAILY NEWS, Illinois, 6 de junio, 1977

El programa incluyó no menos de seis premieres mundiales. Fueron bailadas por luminarias, pero la temperatura fue subiendo en el público en el final Alonso-



Méndez, y con el calor de invernadero de la música de Scriabin fue suficiente para provocar en todo el mundo una crisis de vértigos. El ofrecimiento de Alicia Alonso fue pleno del misterio y la belleza de una era perdida; y en el trabajo de su galante y joven compañero, Jorge Esquivel, tuvimos la promesa de que, de su parte, nos llegarán acontecimientos aún más exitantes en el futuro.

Malie Bruton Heider. *THE COLUMBIA RECORD*, 6 de junio, 1977

El punto más alto (entre los puntos más altos), vino en los últimos seis u ocho minutos, con la aparición de Alicia Alonso, la legendaria bailarina cubana, quien demostró una vez más por qué ella es famosa. Su breve aparición fue como un relámpago iluminando el escenario. Su compañero, Jorge Esquivel, es también extraordinario: retengan ese nombre, porque en algún momento será muy conocido. Aunque en un caso como este es difícil separar a los bailarines del baile, podemos decir que la coreografía de Alberto Méndez en *Canción para la extraña flor* fue la mejor de toda la noche. El público de pie, aun antes de que las luces se apagarán, se volvió como loco con el trabajo de Alonso y Esquivel. Las cortinas hubieran continuado durante una hora si los dos bailarines lo hubieran permitido.

John Von Rhein. *AKRON BEACON JOURNAL*, 8 de junio, 1977

El espacio no nos permite en esta ocasión una crítica detallada, pero queremos fijar ciertas imágenes que permanecen: las de Alicia Alonso, una de las grandes bailarinas del mundo, ascendiendo exquisitamente por encima de lo material (en un pas de deuz de Alberto Méndez) en compañía del atlético Jorge Esquivel.

Walter Terry. *SATURDAY REVIEW*. Nueva York, 9 de julio, 1977.

Fue en el Auditorium Gaillard, durante la Gala Scriabin, que la audiencia en ambas funciones, matinee y noche, se levantó de sus asientos para dar estruendosas ovaciones a una bailarina, a una prima ballerina: la casi legendaria figura de Cuba, y de América, Alicia Alonso... La Alonso, acompañada por Jorge Esquivel, apareció en la premiere mundial de *Canción para la extraña flor*, con coreografía de Alberto Méndez, un brillante creador cubano, ganador de premio en el Concurso Internacional de Ballet de Varna 1976... La prima ballerina absoluta, quien durante largo tiempo fuera una estrella del American Ballet Theatre, y que en la actualidad es fundadora y directora del Ballet Nacional de Cuba, mantiene un juve-

nil virtuosismo, mayor que el de cualquiera otra bailarina de su generación. A pesar de haber sufrido una grave afección en la vista durante casi toda su vida, ella se ha mantenido impertérrita ante el paso del tiempo. Aquí en Charleston, al estrenar el magnífico pas de deux, sus piernas se elevaron altas y libres, sus balances sobre las puntas fueron sin esfuerzo y sus "jetés en tournant" (saltos que, comúnmente, son los que primero sufren con el paso de los años) resultaron luminosos e indisputablemente aéreos. Su conocido temperamento latino e intensidad dramática dieron resplandor y fuego al romántico dúo.

Martín Bernheimer, LOS ANGELES TIMES, 10 de junio de 1977.

En la Gala dedicada a Scriabin, irónicamente, el más memorable evento tuvo lugar sin acompañamiento musical. Se produjo durante los saludos al público de Alicia Alonso, quien aunque no estaba oficialmente establecido, fue la reina en esa gala de ballet.

Luego de cuatro décadas de mágica danza, la legendaria Alonso no es exactamente una bailarina en su amanecer. Pero ella permanece como una suprema estilista, como una destacada tecnicista, como una heroica sobreviviente de interminables batallas; y como el más elocuente exponente de una escuela de danza virtualmente extinguida, que es predicada sobre la grandeza y el callado fuego. Para Charleston, Alonso y su superatento y superatlético joven compañero, Jorge Esquivel, del ballet cubano, revelaron un estatuario dúo de adagio, de Alberto Méndez: *Canción para la extraña flor*. Se requirió del nervio de Alonso para otorgar algo más que danza, cuando un noble Esquivel lo hizo todo saltando. Fue un inspirado ejercicio en nostálgica ilusión. Cuando llegó el momento para la inevitable ovación de pie, Alonso dominó sobre la escena y quemó con su luz, con esa combinación única de dignidad, autoridad, serenidad y poesía que instantáneamente destaca la "prima ballerina assoluta". El adormecido Charleston fue digno de la confianza para asumir algo que nunca vio, y como tal vez nunca volverá a ver.

